

Gonzalo G. Velasco
Tercer Premio

Examen. La mera palabra sonaba como el resuello de un moribundo sobre la nuca de un bebé. Linda Ignoraba cómo se había olvidado de una fecha tan importante, pero lo había hecho. Y lo peor de todo era que la prueba iba a tener lugar en menos de doce horas; concretamente, a las nueve de la mañana. Dado que en el momento en el que se dio cuenta de su terrible despiste el despertador marcaba las diez y doce minutos de la noche, eso le dejaba once horas y cuarenta y ocho minutos para estudiar a fondo todos los temas a evaluar. Solo la historia del arte de Ernst Gombrich rozaba las setecientas páginas. Si se esforzaba, podría llegar a leerla antes de la hora maldita. El problema era que había muchos otros libros en la bibliografía del programa de la asignatura... por no hablar de los apuntes: cientos y cientos de folios garabateados en tinta de diversos colores a lo largo de un interminable, soporífero, curso académico. La rendición se perfilaba como única salida racional. Suspendría en julio, pero siempre podría salvar la asignatura, incluso con nota, en septiembre. El lado negativo no lo quería ni sopesar, pues, en caso de que esto último ocurriera, sus soñadas vacaciones en la Toscana tendrían que postergarse al menos otro año más. ¿Quién podía

garantizarle que, transcurrido ese tiempo, hubiera en su cuenta dinero suficiente para llevar a cabo sus planes? Estaba claro que nadie. Las posibilidades de que volviera a heredar doce mil euros por sorpresa no eran demasiadas teniendo en cuenta el buen estado de salud de sus familiares y sus malas relaciones con casi todos ellos. Si a ello le sumaba el hecho de que sus estudios apenas le dejaban tiempo para trabajar en parte porque el trabajo le atraía tan poco como el estudio—, una conclusión descollaba por sí misma: tenía que intentarlo aunque eso significara pasar la noche hincando los codos sobre la mesa entre tazas de café y píldoras vitamínicas. De modo que se dispuso a hacerlo...

Fuera, la lluvia caía con fuerza. Linda recordaba que, ya de buena mañana, se habían producido algunas precipitaciones, pero, desde entonces, lo que parecía una simple borrasca se había convertido en un amago de temporal. A cada segundo, el viento y el agua parecían multiplicar por dos su crispación; refulgían los relámpagos entre la negrura; y, de vez en cuando, los paraguas rodaban por el asfalto como las bolas de matojos que solían aparecer en las películas del oeste. El panorama se estaba volviendo tan dantesco que, de no saber a ciencia cierta que se encontraba en una habitación de la residencia universitaria donde vivía, Linda habría tomado aquellas cuatro paredes por un camarote; y de no poder ver con sus propios ojos, a través de la ventana, el exterior proceloso de la ciudad, habría creído que navegaba alrededor de un tifón marítimo. Al menos el ambiente resultaba propicio para el estudio. Mucho peor sería que soplara

la brisa y que pudiera escuchar, desde la habitación, las carcajadas de sus compañeros haciendo botellón en el parque de enfrente. Claro que una cosa era que el tiempo se prestara para permanecer en casa, y, otra muy distinta, que a Linda le apeteciera zambullirse en sus libros y apuntes. A nadie podría apetecerle un plan como aquel. Quizás por ello mismo, mientras subrayaba líneas de forma mecánica, su mirada distraída recaló en varias ocasiones sobre el cristal. Allí se estrellaban las gotas de lluvia una y otra vez para, en una danza de tintes psicodélicos, trazar formas extrañas sobre su superficie por causa de la gravedad. Se mezclaban; se separaban; morían. Era un espectáculo muy hermoso si uno se paraba a observarlo con detenimiento, como si las gotas tuvieran algo que decirle. En una de estas pausas, de una forma inquietantemente natural, un buen número de ellas dieron en trazar sobre el vidrio la siguiente cifra: cuatrocientos cuarenta y ocho. El mensaje se apreciaba a primera vista, sin necesidad de entrecerrar los ojos o acercarse. No se trataba de una alucinación. Linda lo observó durante un rato, en silencio, hasta que un golpe de viento disolvió los tres números de repente, obligándole a dar un respingo sobre la silla. Era la primera vez que asistía a un suceso tan extraño, así que no le dio importancia y volvió al trabajo convencida de que los nervios tenían la culpa. Había aprendido de sus continuas visitas al médico que, cuando algo carecía de explicación, lo mejor era achacarlo a los nervios; al estrés. Daba igual que los médicos se lo hubieran inventado como excusa para cubrir su incompetencia profesional y, de paso,

despachar el doble de rápido en las consultas, como sostenía su amiga Claudia. Según ella —y estudiaba medicina— todo aquello era una patraña.

— Ardor de estómago: estrés; dolor de cabeza: estrés; sequedad bucal: estrés; incontinencia urinaria: estrés; hiperhidrosis: estrés; arritmias cardiacas: estrés; ¿quién mato a Kennedy?: el estrés —decía a veces en tono sarcástico—. Un día de estos alguien logrará aislar a ese canalla en laboratorio y alcanzaremos la inmortalidad...

Linda tenía sus dudas sobre la teoría de su amiga; lo que sí sabía, en cambio, era que a una chica tan miedosa como ella le convenía más creer en la existencia del estrés que en lo contrario. Sobre todo porque lo contrario estresaba bastante... A fin de despejar la cabeza de pensamientos contraproducentes, regresó sobre sus apuntes y continuó subrayando como si tal cosa. Lo hizo sin problemas durante un par de minutos, pero tuvo que detenerse al llegar a un párrafo donde se le atribuía la autoría de un cuadro impresionista llamado "*Mujer con senos desnudos*" a alguien que, debido a la penosa caligrafía de sus apuntes, tanto podía ser Monet como Manet. Trató de recordar cuál de los dos pintores había firmado la obra, sin éxito. Ante la duda, no le quedó más remedio que acudir al glosario. "*Mujer con Senos Desnudos*", de Édouard Manet, ocupaba la página cuatrocientos cuarenta y ocho del libro. Linda dio el segundo respingo del día al tiempo que un nuevo relámpago rasgaba la noche. Miró a su alrededor, asustada, y trató de recuperar su ritmo habitual de

respiración. Cuando se encontraba a punto de conseguirlo, su móvil vibró energicamente anunciando que alguien la reclamaba al otro lado de la línea. Descolgó.

— ¿Sí? —preguntó con timidez, como temiendo que a su interlocutor pudiera molestarle escuchar un monosílabo.

Su amiga Nora tardó en responder, con su característica voz de timbre andrógino.

— ¡Hey, Linda! ¿Cómo estás? ¿Qué tal lo llevas?

— Bien... —mintió ella. Y se produjo una breve e incómoda pausa en el diálogo apenas iniciado.

— Oye, ya sé que no son horas y todo eso, pero es que necesitaba confirmar un dato. He buscado en varios libros y en Internet y no me aclaro. Tal vez tú puedas ayudarme...

— ¿De qué se trata?

— El Partenón. Necesito saber el año en que se empezó a construir.

— Un momento...

— Antes de Cristo fijo, pero no sé exactamente cuándo...

— Tranquila, yo te lo busco.

Linda aprisionó el teléfono móvil entre su hombro y su oreja y abrió el tocho de arte clásico. Al cabo de un rato encontró una foto bien grande del Partenón

bajo la cual había varias líneas de texto que leyó en voz alta a su amiga:

– “El Partenón... el más hermoso ejemplo de la arquitectura dórica griega, construido bajo la dirección de Fidias en la Acrópolis a partir del año... —tuvo que hacer una pausa para digerir lo que venía a continuación— ¡cuatrocientos cuarenta y ocho!”

– Antes de Cristo, ¿no?

Linda cerró el libro y lo arrojó sobre la cama, con una mueca horrorizada en los labios.

– Sí, antes de Cristo —confirmó a su amiga— ¡No va a ser después! Creía que ya lo tenías claro...

– ¿Te encuentras bien?

– Solo estoy un poco agotada. No te preocupes. Descansaré un rato... Nos vemos mañana antes del examen, ¿vale?

– De acuerdo, cuídate.

Nora y Linda colgaron el teléfono casi al mismo tiempo. Las dos percibían algo extraño en el ambiente, aunque solo la segunda parecía realmente preocupada por ello. Tanto, que hizo falta todo un señor trueno para sacarla de su ensimismamiento. Esta vez no dio ningún respingo. El ruido acababa de sugerirle una idea: quizás la culpa no fuera del estrés, después de todo, sino de la tormenta. Había leído que los fenómenos climatológicos afectaban de formas muy dispares a los organismos vivos; así que, de la misma forma en que algunos animales se excitaban sexualmente y otros se ponían muy pero que muy

nerviosos, ella tal vez alucinaba con la cifra cuatrocientos cuarenta y ocho. No se le ocurría otra explicación racional para lo que estaba ocurriendo. De ahí a pensar que todo podría cobrar sentido de acuerdo con una explicación irracional —o incluso sobrenatural—, solo hubo un paso. Lo siguiente fue jurar y perjurar que nunca más volvería a leer a Stephen King.

Ajeno a todo, el teléfono bailoteó de nuevo sobre el escritorio al tiempo que su pantalla se iluminaba en la penumbra con un color azul de matiz mortecino. SMS. Otra vibración y un nuevo fogonazo se empeñaron en atraer la atención de Linda. No hacía falta. Ya se había percatado de la llegada del mensaje en la primera alerta. Si tardaba en consultar el terminal sus razones eran otras. No podía arriesgarse a abrir el mensaje y toparse con aquella cifra maldita en su interior. Las casualidades serían entonces demasiado notorias como para mantener el miedo a raya. En su lugar, apagó el teléfono, se tumbó sobre la cama e intentó domar su respiración mediante leves contracciones y dilataciones diafragmáticas, tal y como le había enseñado su profesor de yoga. Lo debió de hacer bien, porque en menos de un par de minutos se quedó dormida como un tronco, despertando horas más tarde mucho más calmada. Todo lo que había sucedido le parecía ahora una absurda pesadilla. Era lo bueno de dormir: que, por muy mal que le fuera a uno en la vida, los primeros segundos después del sueño rebosaban siempre una agradable placidez. Por desgracia, tan solo algunos anacoretas hindús podían jactarse de prolongar esa quietud de espíritu más allá

de los primeros minutos del despertar. Y ella no había nacido en Bombay ni tenía tampoco demasiadas inquietudes místicas. En cuanto vio la hora en su radiorreloj y comprendió que había estado en brazos de Morfeo más tiempo de la cuenta, recobró toda la intranquilidad con la que se había acostado. Eran las tres y cincuenta y cinco de la madrugada. Disponía de apenas cinco horas más para continuar estudiando. Sus posibilidades de aprobar el examen menguaban por momentos. Tendría que memorizar al menos diez temas de los treinta y seis que componían el programa, y, en caso de que lo lograra, rezar porque al menos cinco de ellos formaran parte del examen. Desde un punto de vista matemático lo tenía difícil, pero no imposible. Mientras existiese un clavo ardiendo al cual aferrarse no lo soltaría por nada del mundo. Por nada del mundo salvo por la cifra cuatrocientos cuarenta y ocho... Esta vez apareció dibujada en el vaho de la ventana no una, ni dos, ni tres veces; sino, al menos, cuatrocientos cuarenta y ocho. Prefirió no contarlas para no perder el conocimiento allí mismo, como también prefirió no cuestionarse la autoría de aquellas meticulosas pintadas.

Linda permaneció inmóvil y perpleja en mitad de la estancia un buen rato. Acto seguido se tiró de los pelos, emitió un grito de desesperación y frotó la palma de su mano contra el cristal hasta que no quedó ni una sola cifra. La lluvia seguía cayendo en el exterior azotada por un viento implacable. Era el único sonido, junto a su corazón desbocado, que podía escucharse en la habitación. Linda pensó que un

silencio tan turbio como aquel no iba a ser un buen compañero de estudios en caso de que consiguiera calmarse lo suficiente para estudiar. Encendió la radio. Lo que escuchó tan pronto como el aparato recibió la primera señal le puso la piel de gallina:

— “... de vacaciones. La Dirección General de Tráfico ultima un dispositivo de urgencia para evitar que suceda lo mismo que en el pasado puente de San José, donde cuatrocientos cuarenta y ocho personas perdieron la vida en las carreteras de nuestro país...”

Lo que escuchó al cambiar de canal se la estremeció:

— “... el nuevo disco de Chenoa, que tan solo en una semana ha alcanzado cifras de ventas astronómicas: casi cuatrocientos cuarenta y ocho mil discos vendidos desde su salida al mercado. ¡Todo un record!”

Y lo que escuchó justo antes de desconectar el aparato presa de un ataque de ira y estamparlo contra el suelo, donde chispeó, se la recubrió de sudor:

— “... una noche más a “Suspiros de Madrugada”, el espacio que convierte palabras en emociones y emociones en consejos. Con este programa ya llevamos cuatrocientos cuarenta y ocho luchando contra el sueño y las tinieblas con todos ustedes...”

El zumbido agonizante de la radio se mezcló con el rumor de la lluvia y el viento, creando un fondo sonoro aun más inquietante que el silencio. Linda aplastó el cacharro con el pie derecho a objeto de arrancar de raíz aquella atmósfera insana. El ataque se

saldó con la destrucción del transmisor; sin embargo, en el preciso instante en que su sintonía murió, el móvil volvió a sonar y a vibrar sobre la mesa. Lentamente, y poco convencida de que fuera la reacción más adecuada, avanzó hasta la luz. Inclino la cabeza sobre ella, también lentamente, y entornó los ojos hasta que pudo ver el número de teléfono de quien la llamaba. No le sorprendió que la cifra en cuestión constara de dos cuatros y un ocho, en ese orden. Cuando la lógica se resquebraja por demasiado tiempo, una nueva lógica tiende a surgir de la grieta que la anterior ha dejado. Era la lección del día.

— ¿Sí? —pregunto tras armarse de valor y descolgar, hasta el punto de tanto fenómeno inexplicable— ¿Hay alguien ahí?

No fue necesaria ninguna voz para que Linda obtuviera una respuesta a su pregunta. Había alguien ahí. Su respiración bronca se escuchaba con claridad, sobre un chisporroteo ominoso y distorsionado. Trató de pensar en quién podría estar gastándole una broma tan pesada a unas horas tan intempestivas. No se le ocurrió ningún nombre. Pesarosa, concluyó que lo mejor sería colgar. Le faltó tiempo. El zumbido al otro lado del teléfono se acopló con el de la radio —resucitada para la ocasión—, hasta que ambos aparatos explotaron a la vez en medio de un sonido agudo, ascendente y estentóreo. Linda echó a correr hacia el exterior. Allí cerró con fuerza la puerta de su cuarto y apoyó la espalda contra ella. Tenía el corazón a mil por hora.

— ¿Linda? —una voz neutra surgió de entre la oscuridad del pasillo— ¿Eres tú?

La interpelada se parapetó contra la puerta un poco más, sus uñas casi hundidas en la madera. Esperó a que, quien fuera que había pronunciado su nombre, abandonara la negrura. Tragó saliva. Una figura se hizo visible.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó su amiga Claudia, algo desconcertada por su presencia en el corredor— ¿Has sido tú?

Linda se abrazó a Claudia tan fuerte como pudo. Sintió un alivio extraordinario al apretarla contra su cuerpo.

— ¡Joder! ¡Estás hecha un cromo! Tranquilízate...

—El examen... no me va a dar tiempo... voy a suspender.

— Deberías tomarte los estudios con más calma. Total, cuanto más duren mejor. ¿Qué quieres? ¿Ser la primera de la promoción en quedarse en paro? Conozco a una chica que...

Claudia no estaba comprendiendo nada. La única forma de que lo hiciera pasaba porque ella misma se lo contara, pero, si lo hacía, corría el riesgo de que pensara que estaba loca. No tenía tanta confianza con ella como para confesarle lo que había ocurrido. Mejor reprimir sus emociones y sondear el terreno de una forma más discreta.

— Claudia... ¿qué te sugiere el número cuatrocientos cuarenta y ocho?

La muchacha frunció el entrecejo.

— ¿A qué viene eso ahora?

Ambas se miraron cara a cara durante un instante que se hizo eterno. Claudia aprovechó el inciso para decidir si era mejor pronunciar la frase que tenía en mente, o, por el contrario, zanjar allí mismo la conversación y regresar al cuarto cuanto antes. Se decantó por la primera posibilidad.

— No paro de ver ese número por todos lados.

— ¿Y?

— No sé; pensaba que tal vez podría tener algún significado.

— En caso de que lo tuviera... ¿qué te hace pensar que yo podría saber cuál es? Recuerda que los números no son mi fuerte... siempre me lío cuando tomo la tensión.

— Ya, disculpa, tengo la cabeza hecha un lío...

Era un diálogo estéril. Claudia no había pasado nunca por una experiencia como la que ella acababa de vivir, y ese desconocimiento la incapacitaba para aprehender la magnitud y naturaleza de su angustia. Era la misma sensación de distancia insalvable que tenía cuando trataba de hablar con su madre acerca de temas delicados para ambas, como el sexo o las drogas. Cada ser humano venía con unos parámetros configurados por defecto en su cerebro. Tratar de cambiar a la persona sin cambiar antes esos parámetros era un fracaso seguro. Hasta una estudiante descerebrada como ella había aprendido la

cantinelada. Como compañía protectora, Claudia era una ilusión. Volvía a estar sola.

— Mejor será que me vaya a mi cuarto —dijo, con voz cansina—. Hasta mañana.

— Hasta mañana.

El encontronazo con Claudia no había puesto fin a sus problemas, pero, al menos, sí había atenuado su ritmo cardíaco y le había devuelto un poco de cordura. Abrió la puerta. Cuando vio los restos humeantes del teléfono y la radio sobre la moqueta, sonrió. Era probable que hubieran estallado a causa de la tormenta. Con tanta tensión como había vivido en los momentos previos al incidente ni siquiera se había planteado la explicación más lógica. En cuanto a las reiteradas apariciones del número cuatrocientos cuarenta y ocho, tal vez todo respondiera a una absurda casualidad; una de esas sincronías sin importancia por las que, expresiones del tipo "*hablando del rey de Roma, por la puerta se asoma*", habían pervivido a lo largo de los años. Como ella era una chica impresionable, habitual espectadora de *Cuarto Milenio*, se había dejado llevar por la fantasía hasta acercarse peligrosamente a la locura. No pudo más que romper a reír recordando lo estúpida que había sido. Alguien llamó a la puerta en el apogeo de sus carcajadas. Era Claudia.

— ¿Necesitas algo? —le preguntó, de nuevo alterada.

— No; descuida. Es solo que mientras iba hacia la cocina he recordado algo sobre el número

cuatrocientos cuarenta y ocho. Pensé que debía decírtelo antes de que te pusieras a estudiar...

El diafragma volvió a tensársele, irradiando una punzante sensación de desasosiego por todo su cuerpo.

— ¿Qué has descubierto? —inquirió a pesar de que ya no le interesaba demasiado el tema.

— Bueno, no mucho —musitó ella con cierto desánimo—. Solo que es el número de tu habitación...

— ¿Qué?

— Pues eso: que el cuatrocientos cuarenta y ocho es el número de tu habitación.

— ¡Eso no es posible! —protestó Linda con la voz encrespada— ¡El número de mi habitación es el doscientos trece!

— A mí no me digas nada. Es lo que pone ahí...

Claudia señaló con el dedo índice hacia el exterior del dintel. Linda asomó la cabeza por el umbral de la puerta, miró en la dirección indicada y comprobó que, en efecto, su habitación había pasado, como por arte de magia, de ser la doscientos trece a la cuatrocientos cuarenta y ocho. Por lo que parecía, alguien se había encargado de retirar la placa metálica original para garabatear sobre su hueco aquellas tres endemoniadas cifras.

— ¿Has sido tú? —apremió a su compañera en un tono a caballo entre la curiosidad insana y la indignación.

Claudia dejó escapar una risilla infantil al tiempo que negaba con la cabeza. Luego no tuvo mayor reparo en decir:

— ¿Por quién me tomas?

Y Linda le cerró la puerta en las narices. Tanto si se trataba de una broma como si no, había pecado de una irritante falta de tacto al llamar a la puerta por sorpresa y acrecentar su inquietud. Se mojó la cara en el lavabo, hastiada, y preparó un café bien cargado a fin de mantenerse despierta por lo que quedaba de noche, que ya no era mucho. Surtió efecto. La agitación, el miedo y la pesadumbre se atenuaron. De pronto lo veía todo con mucha mayor claridad. Incluso le pareció que, si se apuraba, podía estudiar más temas de los que había calculado antes. Memorizó uno, dos, tres... Al llegar al cuarto, volvieron a llamar a la puerta.

— ¡Claudia, pírate! —exclamó, todavía molesta con ella— ¡Hablo en serio!

Un nuevo toc toc. Esta vez más enérgico.

— ¿Me estás escuchando?

Y otro más.

— ¡Maldita sea! —refunfuñó, poniéndose finalmente en pie— ¡Te vas a enterar!

Claudia no se encontraba al otro lado de la puerta. Tampoco Nora; Victoria; Lucía; Carmen; Paula, María o cualquier otra de sus múltiples compañeras. Ni siquiera se trataba de Nico, amigo íntimo con derecho a roce que a veces aparecía por ahí a deshoras

para contarle sus penas a ver si caía algo. No. El hombre pálido y ojeroso del pasillo, un tipo alto y desgarbado, de mohín inexpresivo, con una camiseta negra en cuyo centro óptico habían estampado con grandes caracteres la cifra cuatrocientos cuarenta y ocho, no formaba parte de su red social.

— ¿Quién es usted? —balbució mientras su mirada impertérrita y alquitranada asaeteaba de un modo impertérrito toda la entereza que a duras penas había recuperado— ¿Qué quiere?

El hombre no dijo nada. Se limitó a levantar su mano derecha, apuntarle entre las cejas con una nueve milímetros y presionar el gatillo.

Linda voló por la habitación con el cráneo destrozado hasta precipitarse contra el escritorio. Lo último que vio antes de que la nada le tiñera los ojos de negro fue su despertador cayendo sobre la moqueta.

Eran las cuatro y cuarenta y ocho minutos de la madrugada. Hasta entonces, siempre había creído que la muerte llegaba sin avisar...